

el pobre es, por decirlo así, Jesucristo, y amar a Jesucristo es bueno, amar a Jesucristo es dulce, amar a Jesucristo es suave.

No hay dicha más que en el amor, y no hay amor más que en Jesucristo, porque únicamente Jesucristo es fiel, únicamente Jesucristo puede saciar nuestros corazones.

A. M. D. G.

NUESTROS EMIGRANTES

*Coelumque
Adspicit, et dulces moriens reminiscitur Argos.*
Y alzando los ojos al cielo, acuérdate al morir
de su dulce Argos.

(VIRGILIO. Eneida. Lib. x.)

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS EMIGRANTES

CONFERENCIA FAMILIAR



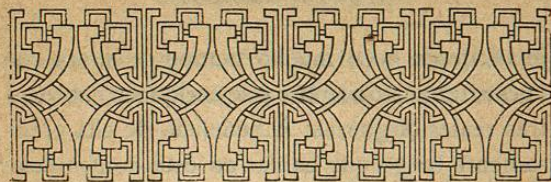
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 3 — BILBAO

ES PROPIEDAD



SEÑORA (1):

SI el grande honor que hacéis a esta asamblea dignándoos presidirla en este día, se dirigiera a mi persona, me llenaría de confusión. Pero va más lejos y más alto: va a las obras que nos reúnen en un mismo pensamiento de caridad cristiana, y en nombre de ellas permitidme que os dé las gracias y que me congratule del fondo de mi alma.

¡Qué apreciable y poderoso patrocinio prestáis a las dos!

La primera, la obra de las Misiones extran-

(1) Su Alteza Real, la señora Condesa de Flandes, acompañada de sus Altezas Reales las Princesas Enriqueta y Josefina.

geras, desde hace mucho tiempo se honra con vuestro augusto nombre y se enriquece con vuestras reales larguezas. A beneficio de ella precisamente tengo que hablar en esta conferencia; requería ella limosnas, y ya las ha recibido, pues veo esta sala llena, y sé que ineludibles leyes protectoras imponen a los asistentes a este acto ciertos derechos de entrada.

La segunda, la que será el objeto de mi discurso, es una obra naciente, una obra muy pequeña todavía, pero que gime y llora, que no admite ni dilación, ni retraso, que saldría enteramente formada del corazón de todos, si todos hubieran podido ver el lamentable espectáculo, que yo he visto, y que jamás podría pintaros en su desnuda crueldad.

Quiero decir: la obra de la protección de los Emigrantes belgas, el «Raphaëls verein» belga.

Para ello no pido oro, ni plata, ni otra ninguna limosna. Ni pido más que un poco de amor. ¡Nada más! Busco hadas que encanten y cubran de flores su cuna.

Es una obra alemana que acaba de nacer entre nosotros.

¿Y bajo qué auspicios podría yo hablar de ella mejor que bajo los vuestros, Señora?

Voy a hacer por esta noche lo que hacéis vos todos los días con esa elocuencia del ejemplo,

harto más persuasiva que todas mis palabras: predicar a Bélgica las virtudes de Alemania.

SEÑORAS, SEÑORES:

Un día de este mismo invierno, a la hora de la partida de un vapor, un grupo entero de infelices emigrantes, se estrechaba en los muelles de la gran ciudad de Amberes, tiritando de frío por el cierzo y la helada; esperaba el momento de embarcarse. En él había un padre, una madre y un niño, mal vestidos, amoratados de frío; sus dientes castañeteaban, únicamente el niño envuelto en un retazo de bayeta, calentado por los brazos y el corazón de la madre, parecía no sufrir, y dormía. Allí alrededor había mujeres del pueblo que contemplaban con el corazón angustiado aquel espectáculo. De repente se despertó el niño, y sintiendo en su carita el sople helado del cierzo, se echó a llorar. La madre procuraba acallarle con tiernas caricias, pero en vano... Aquel llanto del niño, tan triste en una hora ya de suyo triste, hizo desbordar el corazón del padre y de la madre; se miraron, y también ellos se echaron a llorar.

«¡Ah! ¡pobres!...» exclamó una de las mujeres que los rodeaban. ¡Yo no puedo ver estol

¡No! ¡no! ¡no puedo verlo impasible! ¡Si mi hombre me riñe, tanto peor! Y desatándose el delantal, se descifó un grueso mantón de lana que la cubría el cuello, pecho y espalda, se le quitó, le echó sobre las espaldas de la desgraciada, dió un beso al niño en la frente, y luego, derramando lágrimas, se alejó de allí!

Señores, yo vengo a suplicaros que hagáis vosotros también, por esos infelices, que arrojados por el látigo desgarrador de la miseria, se destierran, lo que hizo aquella pobre mujer de Amberes. Vengo a pedirlos que echéis sobre ellos el manto de vuestra protección y de vuestro amor. ¡Y vais a ver si lo merecen!... Después vuestro corazón os inspirará.

¡Patria!

¿No es esta la primera palabra que viene al pensamiento a la vista de esos pobres emigrantes?... ¡Ellos se destierran!

¡Patria!... Acordaos, Señores, del entusiasmo que esa gran palabra excitaba en nuestros corazones a los quince años, cuando en los bancos de la clase de retórica y poética veíamos pasar ante nuestros ojos, con todo el esplendor de la literatura hebraica, griega y romana, las solemnes epopeyas de los pueblos antiguos!

Acordaos de aquellos judíos, demacrados, bajo el cielo de Babilonia, y viniendo, melancólicamente a congregarse junto a las riberas de los ríos, como las golondrinas cuando el cielo se vuelve gris y frío, para hablar reunidos de la Patria y de su amada Jerusalén:

«En las márgenes de los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y nos poníamos á llorar, acordándonos de Sión.

»Allí colgamos de los sauces nuestros instrumentos músicos.

»Los mismos que nos habían llevado esclavos nos pedían que les cantásemos nuestros cánticos; los que nos habían arrebatado de nuestra patria, decían: Cantadnos algún himno de los que cantabais en Sión.

»¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en tierra extraña?

»Si me olvidare yo de tí ¡oh Jerusalén! entregada sea al olvido mi mano diestra.

»Pegada quede al paladar mi lengua si no me acordare de ti, oh santa Sión, si no me propusiere a Jerusalén por el primer objeto de mi alegría.

.....

»¡Desventurada hija de Babilonia! Afortunado sea aquel que te diere el pago de lo que nos has hecho tú padecer a nosotros. Dichoso sea aquel

que ha de coger en sus manos a tus chiquillos y estrellarlos contra una peña» (1).

Acordaos también de aquella escena dolorosa de la partida de Eneas, que leíamos en Virgilio. Troya está ardiendo. Todo esfuerzo es ya inútil. Es preciso huir a través del incendio y de las huestes enemigas.

El viejo Anquises no huirá. Puesto que ya no existe la patria, ¿a qué prolongar su vida y sufrir la tortura del destierro?

*Abnegat excisa vitam producere Troja,
Exiliumque patit!* (2).

Eneas quiere morir con él. Precipitase, espada en mano, hacia el enemigo vencedor. Pero en el umbral de su morada:

*Ecce autem complexa pedes in limine conjux
Haerebat, parvumque patri tendebat Iulium* (3).

Su esposa se postra a sus pies, se abraza a sus rodillas y le muestra su hijo pequeño... ¡Ah!

(1) Salm. 136.

(2) Virg. Eneid. Lib. II, vs. 637 y 638. «Se resiste a prolongar su vida, después de la destrucción de Troya, y a sufrir el destierro».

(3) Id. id. id. vs. 673 y 674. «He aquí que en el mismo umbral se me abrazó a los pies mi esposa, tendiéndome nuestro tierno Iulo».

¡Eneas no puede ya morir!... ¡debe vivir para ellos! Arroja lejos de sí su inútil espada... El mismo Anquises se da por vencido y se somete al destino; va con paso tembloroso a coger del altar las estatuas de los dioses familiares, después, ¡pobre anciano!... accede a que le lleve auestas su hijo, abrazándose a su cuello. Y Eneas, llevando sobre sí aquella piadosa carga, emprende su marcha al destierro. Iulo, su hijo, se agarra a la mano derecha de su padre, y corre con pasos desiguales esforzándose en seguirle. Detrás le sigue su esposa llorando

*dextrae se parvus Iulus
Implicuit, sequiturque patrem non passibus aequis,
Pone subit conjux* (1).

¡Oh! sí, veíamos pasar delante de nosotros aquella familia desolada, a través de la noche enrojecida de llamas y sangre, en medio del relampagueante brillo que despedían las bronceadas armaduras y el acero de las espadas.

Ardentes clypeos atque aera micantia cerno! (2).

(1) Virg. Eneid. Lib. II, vs. 723, 724 y 725. «El pequeño Iulo ase mi diestra y sigue a su padre con desiguales pasos; detrás viene mi esposa».

(2) Id. id. id. v. 734. «Diviso los relucientes broqueles y veo centellear las espadas».

Véiamosla partir para aquel largo destierro, más allá de los mares inmensos.

Longa tibi exilia, et vastum maris aequor arandum (1).

Y nuestro corazón palpitaba más acelerado, y sentíamos brotar en él y desarrollarse una conmiseración profunda... y llorábamos. Sí, Señores, llorábamos, porque nuestros corazones eran jóvenes, y se abrían ingenuamente á todos los sentimientos espontáneos, elevados y nobles de la naturaleza humana.

¡Ah! entonces sentíamos lo que es una patria, y lo que al corazón le cuesta dejarla.

¿No lo sabemos ya?

Sí, Señores, no os he de hacer yo semejante injuria. Pero el largo uso de la vida no es bueno para el corazón. La experiencia de los hombres le enfría primeramente y le hiere; después le embota y le endurece. Esos bellos sentimientos que entonces le hacían vibrar tan noblemente ahora apenas logran moverle, y para decirlo todo en una palabra, a medida que avanza la edad, el corazón retrocede y se antepone la ra-

(1) Virg. Eneid. Lib. II, v. 780. «Largos destierros te están destinados y largas navegaciones por el vasto mar».

zón, y ésta predomina y manda. Donde el corazón se lanzaba, la razón reflexiona; donde el corazón se entregaba, la razón calcula. No tiene ya entonces el corazón «esas razones que la razón no comprende» y que la comunicaban el vuelo generoso de los santos entusiasmos. Comprendemos menos aquellos amores y aquellos dolores que tanto conmovían nuestras jóvenes almas, entonces tan cándidas. Ahora desengañados por la experiencia, los examinamos demasiado, y con demasiada facilidad los juzgamos excesivos.

Hay más todavía. Vivimos en un siglo egoísta y escéptico. El egoísmo empequeñece la patria y la reduce exclusivamente a la familia...; y no se detiene ahí; empequeñece también la familia y la reduce y reconcentra en sí mismo. Él es quien ha descubierto esa fórmula rastrera: *Uni bene, ibi patria*. «Donde uno está bien, allí está la patria».

Por su parte, el escepticismo, esa moda de los espíritus contemporáneos—pues en el fondo no es más que una moda, una postura, una actitud que se ha tomado, como en el mundo elegante se toma una manera de saludar o de llevar el bastón—el escepticismo se jacta de no creer en nada, de reirse de todo, y bajo una sonrisa desdeñosa cubre la fatuidad de una inconmen-

surable ignorancia. Él es quien os dirá, alzando desdeñosamente los hombros: «¿La patria?... ¿Qué es eso de patria?»

No le respondáis, os lo ruego, pero seguidle... Llegará un día en que ese anémico de las capitales, sintiendo que la vejez carga su pesado brazo sobre su cabeza, abandonado, traicionado, cansado tal vez él mismo y extenuado, experimentará en su alma como un invencible impulso hacia el pueblecillo o la aldea en que se deslizó su infancia; e irá allá, desdeñoso y burlón y escéptico como siempre; irá allá ocultando bajo la máscara de un capricho de viejo esa necesidad inexplicable del corazón que le atormenta... irá, y he aquí que de repente, a la vuelta de un camino, lanzando su flecha gris sobre el fondo azul del cielo, por entre verdes árboles y pajizas mieses y en medio de un blanco grupo de casitas, surge el campanario de la vieja iglesia en que él fué bautizado. Aquellos caminos le son muy conocidos, sabe todavía los nombres de aquellas casitas blancas y de los caseríos inmediatos; en aquel arroyuelo que se desliza por la verde pradera como una cinta de plata, se bañaba él de niño los pies, y allí recogía las florecitas llamadas «no me olvides» de la Virgen. Allí, entre aquellos setos y espinos, buscaba él los nidos de pinzones y mirlos; allá florecían los

manzanos, más allá mostraban los avellanos su escondido fruto, a que él era tan aficionado de pequeño... Aquella canción de los jóvenes ocupados en el laboreo del heno, canción que risueña se difunde por el espacio, es la misma que se cantaba ya en su tiempo; es el mismo el cántico de la alondra en las nubes... Allá... ¡oh! allá... delante de aquella puerta medio abierta, bajo los verdes pámpanos de aquellas parras, allá iba a sentarse su madre, y cosía con rapidez admirable la ropa blanca que después de lavada había tendido a secar sobre el espino.

Ya no mira, ya no escucha, ¡llora! Ya ha desaparecido de sus labios su sonrisa burlona y de su rostro el gesto desdeñoso; y en cambio en su alma se desborda la emoción deliciosa como la dicha de los niños y pura como ellos!

¿Qué es esto, Señores?

¿Es que le vuelve la juventud, que le renace la infancia, que le reviven las dichas de otro tiempo?

¡No! la juventud no vuelve a nadie, la infancia, la hermosa infancia no reaparece, y las dichas perdidas se hallan enterradas demasiado lejos en el polvo del pasado para que puedan todavía revivir.

¿Qué es, pues, esto?

La patria que se ha aparecido a ese corazón

desechado y marchito y le ha hecho latir como un corazón joven y fresco, la patria que no envejece nunca, y que basta volverla a ver para que se la vuelva a amar.

¡Sí, la patria!

¡Porque la patria es eso! Es la tierra natal, es la vieja iglesia con sus grandes ojivas en que venían a poner su nido las golondrinas; es el camposanto tapizado de verde que le rodeaba, y donde no se podía correr, porque bajo la yerba dormían los muertos de los tiempos pasados; es el arroyo, es el río por donde pasaban las barcas, y a donde iban las lavanderas, risueñas y charlatanas, con los brazos arremangados, a lavar la ropa sucia... Es la casa, es el hogar, junto al cual dormitaba la cariñosa abuela, es cada una de aquellas paredes, cada uno de aquellos pedazos de tierra, en que nuestros pasos en otros tiempos dejaron marcadas nuestras huellas, a las que como en pedazos quedó adherida, por decirlo así, nuestra vida, donde volvemos a encontrar viva aún y fogosa nuestra alma de niño y de joven!

¡Ah, Señores! ¡Cuánto bien hace el volver allá! ¡qué grato es vivir allá!... ¡y cuánto palidecen lejos de allí todas las cosas!

¿Vive por ventura, exclama Walter Scott en uno de sus cantos inmortales, vive el hombre cuya alma se halla tan muerta que no ha vibrado jamás al oír este grito: «¡He ahí mi país, mi país natal!» que no se ha inflamado cuando después de haber andado errante largo tiempo en regiones extrañas, se han tornado en fin sus pasos hacia la patria?... ¡Oh Caledonia! país severo y salvaje, dulce nodriza de los bardos, país de los brezales y de los bosques, país de mis antepasados, ¿quién arrancará jamás mi corazón de tus riberas!...

«Déjame vagar todavía por las orillas del Jarrow... déjame sentir en mis mejillas las brisas que vienen soplando del Ettrick; déjame reposar la cabeza sobre la piedra de Teviot... Allí me será dulce el morir solo y olvidado!»

Y sin embargo, a esa patria, a ese suelo natal, a todos esos dulces y queridos recuerdos... un día es preciso renunciar y darles un adiós, es preciso que uno se arranque de ellos, es preciso que uno se destierre.

¿Por qué?... preguntádselo a los desgraciados que se marchan.

«Porque ya no hay en ella medio de vivir». ¿Es verdad esto, Señores? ¿Es verdad que en